

Las extravagancias del alma, las vulgaridades del cuerpo

Una lectura de *Humo*, de Felipe Benítez Reyes

ALMUDENA GRANDES

Cada vez que Lucas Lerma se dirigía a la bibliotecaria de su pueblo para pedirle el *I Ching*, un *Atlas de los peces de agua dulce* o *Los casos más espectaculares de la parapsicología moderna*, la buena mujer, que llevaba años alimentando con diminutas migas de saber, la insaciable, omnívora curiosidad intelectual de quien, al cabo, no era más que el empleado de una gasolinera, siempre le decía lo mismo:

—Haz una carrera, Lucas. Pide una beca, y haz una carrera.

Sin embargo, el joven Lerma no fue nunca a la universidad, porque su padre estaba convencido de que el mundo ya tenía dueños, y más seguro aún de que su hijo jamás se contaría entre ellos. Así, la historia de Lucas comienza cuando viaja a la capital para servir de criado —bedel en un colegio de jesuitas—, armado solamente con una enorme fe, la estricta necesidad de aferrarse a una ilusión, una guitarra acústica que había comprado ya vieja a unos trotamundos holandeses, y los conocimientos extraídos de una dudosa *Enciclopedia de la mente humana* firmada por un tal profesor Bloodmark que, por su apellido, más bien se diría un eficaz villano secundario en cualquiera de esas películas empapadas en sangre sucedánea que tan tercamente le habían apartado del sueño, una noche tras otra, cuando era solamente un niño adicto a las sesiones nocturnas del cine Royal.

Pero el Lucas que deshace su equipaje en un cuarto del hostel La Habana, ya es otra cosa. Tiene una cartilla de ahorros con varios miles de pesetas, el proyecto de llegar a ser, más pronto que tarde, un músico famoso, y una idea muy precisa de cómo deben llamarse las mujeres capaces de volverle loco: Lucy, Natacha, Genoveva... Es, exactamente, como todos nosotros hemos sido alguna vez.

Felipe Benítez Reyes ha definido *Humo* como una novela sobre la dignidad del fracaso. Es también una novela sobre la honestidad del deseo, sobre la equívoca fragilidad de los sueños, sobre el tejido del miedo. Los héroes pequeños no son antihéroes, sino héroes pequeños, con toda su miseria y su pizca de grandeza, esa equilibrada combinación que sostiene su decoro en las derrotas. Lucas ha sentido nostalgia del futuro y por eso es digno de aspirar a conquistarlo, digno de estrellarse contra él, de romperse en pedazos y dejarse

arrastrar después por las olas dulces de su desencanto. Porque el futuro, ese tramposo, se sienta a jugar con él para estafarle con un mazo de cartas marcadas. La primera es su paisano Paco Pinto, pequeño vividor, hombre de mundo fanfarrón y postizo, que siempre anda quedando con enfermeras ninfómanas que al final nunca acuden a la cita. Suay, el guitarrista, parece mejor, más real, más temible, más acabadamente canalla, aunque sólo sea por el enloquecedor aroma que desprende la piel de su novia, Dana, que ya tiene treinta y tantos —la edad que William Faulkner describió como la de la antigua y eterna serpiente— y que muy bien podría llamarse Lucy, o Natacha, o Genoveva... Fredo Lamberti, el estudiante argentino compañero de pensión, no puede aspirar a tanto, pero trapichea con anfetaminas, y con ácidos, y conoce los sitios de moda, y en los sitios de moda le conocen a él. Todos ellos son antagonistas accidentales de Mateo el relojero, que lleva años persiguiendo al Tiempo, desentrañando sus argucias, luchando para desarmarlo, para detenerlo, pero Lucas, que ahora se llama Luky, como los cantantes de los grupos pop de los años 70, esa moda que vuelve, no le presta atención, porque a quien vive para ganar su futuro es tiempo precisamente lo que le sobra.

Estos personajes, y otros muchos más, seres extraordinarios y comunes, bondadosos y mezquinos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, se van imbricando lentamente, encajando unos con otros para bordar el inconcebiblemente enrevesado mapa de una vida cualquiera. En un alarde de escritor de verdad, de esos que tienen mucho más que una idea, mucho más que un oficio, Felipe dibuja una extraordinaria galería de personajes que se alimentan por igual de las extravagancias del alma y de las vulgaridades del cuerpo. Son los demonios de Lucas, sus ángeles de la guarda, las puertas de entrada, y de salida, del laberinto del mundo.

Lucas se aventura en él, y apuesta fuerte, y pierde hasta la camisa, pero conserva íntegro el corazón y un futuro maltrecho, pero aún futuro, el que no tiene Pinto, el que no tiene Suay, al que a duras penas sobrevivirá Lamberti como lo hará Dana, endurecida y fría, agotada y cruel, puta del todo, por fin, también del alma, hiriente de puro pérdida.

Ser bedel en un colegio de jesuitas no es vida. Eso es lo que piensa Lucas, y yo lo pienso con él. La vida es humo, pero no todos los humos tienen la misma consistencia, el mismo aspecto, el mismo color. A Felipe debo agradecerle la ocasión de poder confesarlo en estas páginas, y más de doscientas de una novela tan pasmosamente bien escrita como todas las suyas.

Esto es casi todo cuanto pienso declarar sobre su estilo. Añadiré, si acaso, que en mi opinión, la prosa de Felipe Benítez Reyes es la más brillante, la más personal, la más envidiable y seguramente, también, la más envidiada, de todas cuantas han producido los escritores españoles de su generación, que es la mía.